



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Leopoldo Zea, maestro de América

Autor: Serrano Caldera, Alejandro

Forma sugerida de citar: Serrano, A. (1994). Leopoldo Zea, maestro de América. *Cuadernos Americanos*, 2(44), 19-26.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 44, (marzo-abril de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LEOPOLDO ZEA, MAESTRO DE AMÉRICA*

Por *Alejandro* SERRANO CALDERA
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE NICARAGUA Y PRESIDENTE DEL CSUCA

LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NICARAGUA se honra al honrar al doctor Leopoldo Zea. Al conferirle la más alta distinción académica que una institución universitaria otorga, el título de Doctor *Honoris Causa*, la Universidad quiere reconocer, en uno de los más grandes pensadores de nuestro tiempo, la extraordinaria labor intelectual de un hombre y el peso de la ideas en la construcción del ser y quehacer de América Latina.

Igualmente, la Confederación Universitaria Centroamericana le confiere la Orden al Mérito del Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA), máxima distinción de la Confederación, creada en la más reciente sesión del Consejo realizada en San José de Costa Rica, en febrero de este año de 1994. Como presidente de la Confederación y del Consejo, me honro al entregar al doctor Leopoldo Zea la primera distinción que el CSUCA otorga bajo el amparo del reciente Acuerdo de San José.

En junio de 1992, México y los filósofos e intelectuales latinoamericanos y de otros continentes rindieron un homenaje al maestro Leopoldo Zea al cumplir sus ochenta años de vida; fue una ocasión para debatir la crisis de la civilización moderna y la situación de América Latina situada en la encrucijada de su historia.

Amigo del maestro desde hace muchos años y deudor suyo por lector y estudioso de su obra, me sentí particularmente satisfecho por encontrarlo nuevamente y de nuevo beneficiarme del diálogo

* Palabras pronunciadas en la entrega del Doctorado *Honoris Causa* de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua y la Orden al Mérito del Consejo Superior Universitario Centroamericano al doctor Leopoldo Zea el 29 de abril de 1994 en el recinto de la misma Universidad, Managua, República de Nicaragua.

con él sobre temas que son de nuestro común interés. Pero sobre todo me sentí beneficiario de un triple privilegio: participar en esa cumbre del pensamiento latinoamericano, presentar mi exposición dentro del capítulo de filosofías de América, el propio 30 de junio, día del cumpleaños del filósofo mexicano, y decir el discurso de clausura a nombre y por designación de los participantes en el evento. Fue una oportunidad que siempre tendré presente.

El debate alrededor de la obra de Leopoldo Zea devino, como debía ser, un debate de filosofía de la historia. Y es que Zea, inevitablemente, se encuentra en el corazón del debate no sólo de América Latina sino también de nuestro tiempo. Hablar de Zea es hablar del compromiso radical del ser humano por un cuerpo de ideas y valores a cuya defensa y reafirmación se debe consagrar la vida misma.

“Hacer filosofía —dice Zea— implica elegir, jurar por este o aquel maestro, por este o aquel método, por este o aquel sistema político y social. Para hacerlo, tendría que ajustar mis preocupaciones a la realidad, cambiante y contradictoria como resultan mis reflexiones”. Y prosigue:

Aprendí del papel que en la historia universal ha cumplido la filosofía, el papel que han cumplido quienes han sido considerados ahora como filósofos por excelencia, pese a que ellos no se llamaban a sí mismos filósofos. Los presocráticos, que hablan del ser en general, pero relacionándolo con la *polis* de la que eran originarios. Platón, que construye el mundo de las ideas en relación con el orden de la República y reclama a los reyes ser filósofos y a los filósofos reyes. Aristóteles, quien da lecciones de política a su imperial discípulo Alejandro. También aprendí, de las palabras de Platón en el *Teeteto*, que “el hombre es la medida de todas las cosas”. El hombre y su historia, su mundo, y por lo mismo un filosofar contradictorio. La filosofía de los últimos tiempos, lejos de rechazar, ha afirmado esta preocupación. Siempre e ineludiblemente habrá que partir del hombre en sus múltiples y contradictorias expresiones, que no pueden ser sometidas a este o aquel sistema de pensar y modo de vida.

La filosofía no es sólo expresión del pensamiento humano, por excelso que éste sea, sino también actitud y conducta, y por ello, el filósofo o se aleja del mundo y la realidad refugiándose en la racionalidad pura, o se acerca a él para interpretarlo, pero, sobre todo, para transformarlo.

Buscar uno u otro camino es determinación del filósofo, es decisión del hombre. Pero la filosofía, independientemente de ella,

aun en los casos en que se le considera idea pura, sigue siendo historia, razón y pasión del ser humano.

La vida misma actúa como categoría mediadora entre el sujeto y el objeto de la reflexión. La más estricta meditación ontológica sobre sujetos que podrían ser considerados metahistóricos, la reflexión sobre el ser, el ente o los valores, en cuanto acción de la inteligencia y la conciencia, se encarnan en la historia. Al relacionarse el ser con la conciencia y la razón humana, se temporaliza y entra en la historia.

El acto teórico considerado esencia de la filosofía y posibilidad única de percibir el ser de la racionalidad es también un supuesto histórico. En este sentido, en su libro sobre Husserl, Joaquín Xirau dice:

partiendo de la vida o de la existencia misma y reconociendo que ésta en su libre espontaneidad no es percepción de cosas ni contemplación desinteresada sino solicitud, angustia ante la realidad incógnita y el abismo de la nada, los problemas constitucionales adquieren nueva significación metafísica y la posibilidad y la necesidad de la teoría y de la contemplación se ofrecen como un problema de la vida misma.

Filosofía, expresa Jaspers, quiere decir "ir de camino" y su plenitud "no estriba en una certeza enunciada, no en proposiciones y confesiones, sino en una realización histórica del ser, del hombre, al que se abre el ser mismo. Lograr esta realidad dentro de la situación en que se halla en cada caso un hombre es el sentido del filosofar".

Ante la crisis de nuestro tiempo la filosofía enfrenta una encrucijada: o el compromiso o la indiferencia; o asume la acción precursora y profética que ayude a arrojar claridad sobre las sombras, o se aísla al mundo de las ideas sin historia, para contemplar imperturbable y ajena desde ese recinto ahistórico, el drama del hombre, eterno Hamlet, ante su ser o no ser.

El problema es pues la crisis histórica. Ésta conduce a un choque de valores, a un enfrentamiento entre las formas de dominación y la vocación por la libertad.

En 1986, en el Congreso Internacional de Filosofía celebrado en Montreal, Canadá, se concluyó, recuerda Leopoldo Zea, que la universalidad de la filosofía dependía de la capacidad de los hombres para hacer de la razón un instrumento de comunicación, de diálogo, de intercambio de experiencias. Se dijo también que no existe una filosofía universal, sino filosofías concretas que

se universalizan en la medida en que son comprendidas por otros y que, gracias a ellas, es posible comprender a los demás.

Por lo tanto, si hablamos ahora de una filosofía auténticamente universal, no es porque la naturaleza de la filosofía haya cambiado, sino porque los problemas, por primera vez en la historia de la humanidad, se han tornado universales. En la medida en que hay problemas que afectan a todos los seres humanos por igual, más allá de las diferencias y de las propias experiencias, las respuestas filosóficas tienen una dimensión universal. Pero se trata siempre de una universalidad concreta: aquella que parte de las realidades para solucionar los problemas del hombre.

México y América Latina han sido los sujetos de la filosofía universal de Leopoldo Zea. Universal, precisamente porque ha partido de una realidad concreta. Dice Leopoldo Zea:

Si filosofar sobre nuestra realidad no es filosofía, peor para la filosofía. Peor para quienes se encasillan en modelos de un filosofar que sólo son expresión de soluciones relativas que los filósofos han dado a problemas igualmente relativos. La problemática de todo auténtico filosofar ha de ser expresión de los problemas que la realidad plantea al hombre y de cuya solución depende la propia existencia...

La historia de la filosofía es, precisamente, la historia de los esfuerzos hechos por los filósofos para conciliar lo uno con lo múltiple, el individuo con su mundo, con la naturaleza y la sociedad de la que es parte ineludible.

La filosofía es, me atrevería a decir, la máxima expresión conceptual de la unidad en la diversidad...

La auténtica filosofía ha sido siempre a lo largo de su historia filosofía comprometida con los problemas de los hombres en su obligada relación con el mundo y la sociedad de su tiempo. Para Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Descartes, Hobbes, Kant, Hegel, Marx, y así hasta nuestros días, la preocupación por el mundo que ha de ser adaptado al hombre, al individuo, ha sido el tema central.

Alejarse de los problemas concretos de las mujeres y hombres de un lugar y de un tiempo determinados es renunciar a hacer auténtica filosofía, pero más que eso, es adulterar las posibilidades históricas de una sociedad y contribuir, voluntaria o involuntariamente, a su enajenación.

El siglo XIX, dice Leopoldo Zea en una parte de su vasta obra, fue un esfuerzo de adaptar América a Europa. Muchos olvidaron

el mensaje de Alberdi que Zea transcribe y comenta en su escrito *Filosofar desde la realidad americana*. Dice Alberdi en 1842:

No hay una filosofía universal, porque no hay una solución universal de las cuestiones que la constituyen en el fondo. Cada país, cada época, cada filósofo, ha tenido su filosofía peculiar, que ha cundido más o menos, que ha dudado más o menos, porque cada país, cada época y cada escuela ha dado soluciones distintas de los problemas del espíritu humano... Nuestra filosofía ha de salir de nuestras necesidades... De aquí que nuestra filosofía americana deba ser esencialmente política y social en su objeto, ardiente y profética en sus instintos, sintética y orgánica en su método, positiva y realista en sus pro-cederes, republicana en su espíritu y destino.

Es un deber de todo hombre de bien que por su posición o capacidad pueda influir sobre los asuntos de su país, de mezclarse en ellos... Pero no se puede llegar a esto sino por medio de lo que hemos indicado, es decir, averiguando donde está el país y adónde va; y examinando, para descubrirlo, adónde va el mundo, y lo que puede el país en el destino de la humanidad.

Con no poca frecuencia los pensadores y los políticos han olvidado, desafortunadamente, la lección de Alberdi y de Leopoldo Zea. Olvidándose también del genio integrador de Bolívar y de su mensaje clarividente, los caudillos de pluma y espada descartaron las características propias de nuestros pueblos y se adscribieron sin una vocación crítica a la idea del progreso y la modernidad europea.

La visión de la historia de los gobernantes de las repúblicas americanas se resume en el mejor de los casos, y en no pocas ocasiones, en el optimismo de Sarmiento en *Civilización y barbarie*, versión criolla del diálogo entre Próspero y Calibán de Shakespeare que Zea analiza magistralmente en su obra. El pasado americano y pre-colombino es la barbarie; la industria europea, la civilización y el futuro de América.

Por ese camino renunciamos a lo que hemos sido y somos por lo que nunca seremos; hipotecamos nuestra realidad por un futuro que nunca llegará por esos senderos, porque no es nuestro y porque no hay futuros prestados. Los políticos han sido los portavoces del progreso, y, por supuesto, de las promesas incumplidas, mientras la política ha sido el reino del eterno futuro; eterno por inalcanzable, pues como los horizontes marinos es una raya imaginaria que se aleja de nosotros cuando creemos que estamos a punto de alcanzarla. Se nos dijo que entraríamos a la modernidad con el ferrocarril; ahora que el ferrocarril ha desaparecido en nuestro país, sabemos que en Nicaragua entraremos a pie al año 2000.

La idea de la universalidad eurocéntrica ha consistido siempre en asimilar todas las culturas en una sola cultura dominante; todas las esencias, en una sola esencia hegemónica; todas las expresiones particulares, en una sola expresión, en un solo rastro, en un solo gesto. Lo universal se nos ha presentado como un arquetipo homogéneo al cual debemos asimilarnos disolviendo en él nuestras particularidades. La política, de la cual dimana una determinada interpretación de la historia, ha sido el reino de este concepto y de esa práctica. Quiero mencionar de pasada los riesgos que hoy corremos debido al acontecer mundial. Por una parte, la posmodernidad se presenta como la devaluación del futuro, la caída de las utopías y la cancelación de la certeza; mientras por la otra, la realidad posmoderna nos arrastra a los procesos de globalización y transnacionalización, a través de los modelos financieros, económicos, políticos y culturales.

La reafirmación de nuestra identidad y de nuestra cultura y pensamiento filosófico como valores auténticamente universales ha provenido de Leopoldo Zea como de ningún otro pensador latinoamericano contemporáneo. En la fecundidad de su pensamiento encontramos los instrumentos conceptuales y las bases de una filosofía de la historia auténticamente universal. De ella podemos extraer elementos para la formación de un pensamiento alternativo de valor universal, fundamentado en el respeto a la diferencia cultural, en la interacción y diálogo de las culturas y en la solidaridad, nueva expresión que la historia contemporánea asigna al concepto original de fraternidad.

El diálogo de las culturas constituye la verdadera universalidad, pero también cada expresión cultural en su individualidad es universal. La cultura es siempre síntesis de múltiples afluentes. Todos somos herederos de lo propio y de lo ajeno, que deja de serlo desde el momento en que lo incorporamos a nuestro ser y quehacer. Cuentan que en Roma, y en ocasión de una muestra de la cultura mexicana, dijeron a Leopoldo Zea: "Maestro, debe sentirse orgulloso de ser heredero de una cultura tan brillante". La respuesta fue fulgurante: "Sí —dijo— y ustedes también".

Para nosotros, para los nicaragüenses, la Universidad y la Academia Centroamericana representada por el Consejo Superior Universitario Centroamericano, es motivo de honda satisfacción de tener entre nosotros al filósofo de la libertad. Creemos en la libertad, como lo enseña Benedetto Croce, como la más íntima sustancia de la vida, "como el ideal de una historia ética y política" y en la filosofía "como historia de la libertad".

La libertad, siguiendo a Hegel —dice Zea— ha sido el motor de la historia. Una larga y penosa historia en la que se van expresando los esfuerzos que ha hecho y hace el hombre por liberarse de la naturaleza, incluyendo en ella sus propios apetitos y ambiciones. Los apetitos y ambiciones que llevan al hombre a hacer de su semejante un instrumento al servicio de los mismos.

Esa idea de la libertad que Zea, como ningún otro pensador, ha impregnado en la conciencia de América, de esta Nuestra América, nos obliga a luchar por ella, lo que significa luchar por el destino, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, que significa reconocer al otro, a lo otro, a lo que difiere de nosotros, pero que significa también exigir nuestro propio reconocimiento en el concierto de las culturas y civilizaciones que han hecho, hacen y harán la historia.

El concepto de universalidad tiene por esencia el concepto de unidad en la diversidad. Y en esa diversidad de nuestras diferentes expresiones culturales, como pocos en la historia, hemos sido universales. Y esto no debemos olvidarlo nunca para seguir siendo lo que hemos sido y para ser lo que aún no somos. Como nos recuerda Carlos Fuentes,

el pacto de civilización consiste en reconocer que somos un área policultural, dueña de una enorme variedad de tradiciones de donde escoger elementos para un nuevo modelo de desarrollo y sin razones para estar casados con una sola solución. Nuestra cartelera no se limita a escoger entre los *Chicago Boys* y los *Marx Brothers*. Somos parte de las Américas que tienen viva una tradición indígena y una tradición medieval, agustiniana y tomista... La América española sí tuvo una civilización preeuropea y una cultura política medieval... El valor de la historia es su variedad concreta y no su uniformidad abstracta.

Querida María Elena: al hacer esta distinción de nuestra Universidad, y de la Academia Centroamericana representada en el CSUCA, a don Leopoldo, lo hacemos reconociendo con gran alegría el papel principal que usted ha desempeñado a su lado como su esposa y compañera, como el testigo directo de sus esfuerzos y de sus sueños, que son los sueños de todos los latinoamericanos que desean ver a esta porción de la tierra y de la historia, en el lugar que por sus múltiples merecimientos le corresponde. Pero lo hacemos también reconociendo los méritos y cualidades de excelencia que usted misma posee. Permítanos pues, como latinoamericanos, sentirnos orgullosos, por lo que usted representa de la mujer como escritora, historiadora e investigadora, y como expresión de la mujer de Nuestra América.

Estimado Maestro: reciba el Doctorado *Honoris Causa* que le confiere esta Universidad y la Orden al Mérito del Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA) como un gesto de identificación con la idea de la libertad y de la grandeza de América Latina que usted tan brillante como tesoneramente ha expuesto y defendido a lo largo de su vida.

Recíbalo como una muestra de agradecimiento por su obra y de reconocimiento al autor de *El positivismo en México*, *Dialéctica de la conciencia americana*, *Filosofía y cultura latinoamericanas*, *Filosofía de la historia americana*, *Latinoamérica en la encrucijada de la historia*, *Filosofar a la altura del hombre* y tantas otras decenas de títulos que han enriquecido el pensamiento y la perspectiva de América Latina.

Permítame concluir estas palabras con un pensamiento suyo:

Podríamos decir que se ha iniciado una segunda etapa de la historia universal, la de realización de la libertad como expresión propia del hombre sin rebajamientos que aplacen su posibilidad. No es así el fin de la historia, sino el auténtico inicio de la historia universal. No ya la historia universal como historia del mundo occidental afirmándose y expandiéndose. No ya la historia del mundo occidental en Asia, África, Oceanía y Latinoamérica, sino la historia que los hombres de estas regiones de la tierra, incluyendo al mismo occidental, han venido haciendo para universalizar la idea de la libertad.